



## LA VERDAD ES QUE HAY QUE CONTROLARSE UN POQUITO ©Alfonso López Domínguez

Está bien el curso de la UMA sobre el control de sentimientos y emociones. Deberían asistir en pleno la corporación municipal y el jefe de protocolo, incluyéndose terapia de choque para los más necesitados. Uno de los profesores me recuerda a mi compañero Zaccagnini, de preu, que siempre se llevaba las regañinas de don José Carlos Palacios, y a lo mejor por eso se metió a psicólogo, para controlarse. Incluso a lo mejor es él, pero yo no se lo preguntaré, porque soy muy tímido, y además, controlo muy mal mis emociones, así que nos quedaremos en la duda que corroe. No sé

si podré superarlo. Hablando ya en serio, nadie niega la utilidad de este control emocional cuando por ejemplo te aventuras por la rotonda de circunvalación acceso a la Planilla a sabiendas de que ya son unos cuantos los accidentes ocurridos y no sabemos las multas que allí se han puesto por no llevar este o aquel papel, todo ello al amparo de ese espantoso mazacote. El mazacote, los accidentes, las multas de a 150 euros... es algo que realmente emociona.

Esta semana hubo reunión en el centro cívico de Málaga a cargo de seguidores y simpatizantes del nuevo partido foral de Pimentel. Foral, por lo de foro. De Ronda, íbamos a ir tres, pero como yo no pude ir, al final fueron dos. En síntesis, me ha comentado Miguel Torres, que de momento es más de lo mismo, un proyecto de centro que podríamos llamar reformista, pero circunscrito al área de nuestra comunidad autónoma. Algo así como lo que podrían y deberían haber llegado a ser Convergencia y el PNV en sus respectivas realidades históricas si no se hubieran podrido tanto, después de tantísimos años perdidos y de tantas vicisitudes pochás. Ahora vamos a reinventar nosotros el modelo para Andalucía, pero controlando nuestras emociones para que no nos pase nada.

La verdad es que afrontar el reto de la modernización de nuestra tierra, no parece tarea fácil si no se enfoca desde criterios de creación y reparto de riqueza que se basen en economía productiva y no en los distintos manás y terrenabines que nos han venido cayendo del cielo europeo hasta ahora o hasta que un buen día dejen de caer, lo cual será bien pronto. Digo bien, porque estas ayudas siempre terminan convirtiéndose en purgantes, aparte de lo manoseadas que vienen, cuando llegan, y si es que no te piden que se las devuelvas. Santa Rita, Santa Rita, lo que se da, no se quita, y quien quita lo que da, al infierno va, don Paulino Plata y otras yerbas.

Otro de los retos pendientes y sin arreglo que se vea, es el de la ordenación del territorio. Parece ser que aquí van a meter mano por fin al nuevo PGOU, que tiene que salir pronto y bien, porque el tema urbanístico hace ya tiempo que se fue de las susodichas manos, y eso ha costado y está costando a la economía de la zona más dinero del que podemos pagar. La chapuza sale cara, y llevamos bastante tiempo instalados en ella. No por incompetencia de nadie, tema discutible, sino por una descarada falta de instrumentos jurídicos que marquen unas reglas de juego donde poder desenvolverse con un mínimo de garantías.

Hablando de territorio, lo cierto y seguro es que cuando uno viaja ahora en verano, y en comparación con los últimos treinta años, cada vez hay menos árboles. Aquí y acullá, aquel hortera que planta su palmera, o esos horripilantes chalés de estilo cutre indefinido, que cuando no dejan construir, degeneran en esos chambaos a base de tablones, chapas onduladas, somieres, cartones, todo ello para meter los perros, tiestos viejos, y lo que se encarte. Por cierto, los ilustres marcianos de la Academia no recogen los vocablos chambao ni chambaito en su real diccionario de la lengua marciana, que se dice del español desprovisto de voces, modismos, localismos y acepciones propias del habla andaluza, a la cual son absolutamente refractarios los tales académicos. No sé por qué. Les dará coraje. No moderan sus emociones.

Así que, por término medio, estamos hechos unas malas personas para con nuestro medio ambiente, lo cual no es de extrañar, pues la mayoría tenemos mentalidad de colonos en nuestra propia tierra, donde vale más un metro de secano o de rastrojos que urbanizar, que una hectárea de monte o bosque que se supone no sirve para nada. El resultado es un paisaje cada vez más prosaico y más pelón, todo ello sin contar la canallada particular que suponen hechos tan luctuosos como la muerte del río Guadiaro, contaminado hasta la extenuación y la diarrea de aquellos inconscientes que aún se atreven a bañarse en sus putrefactas y fecales aguas.

Qué asco, qué pena y qué vergüenza. Aquella frase lapidaria: "para poca salud, ninguna", se ha hecho triste realidad. Ninguna salud para un río que arrastra un considerable volumen de agua, aún en pleno estío, y que otrora fue apto para los baños y otros usos lúdicos y recreativos, tales como pesca, canoismo, piragüismo, y tantas otras actividades que podrían estar generando bastante valor añadido, al atraer a turistas y veraneantes que no tienen por qué suponer una agresión para el medio natural, sino más bien un uso sostenible y un aprovechamiento lógico de algo tan bonito, refrescante y agradable como puede ser un caudal de aguas limpias y transparentes, rumorosas o tranquilas, según por donde discurran, generalmente a través de frondosos bosques de galerías, frescos y umbrosos.

De todo esto disfrutaban gratis nuestros mayores, aunque no consta que se bañaran mucho en el río, por aquel pudor del secano irredento que también ha caracterizado a nuestra cultura hasta los felices años sesenta del pasado siglo, en que se inventaron los bikinis, las piscinas comunitarias y los pisitos de cuatro habitaciones, cuarto de baño y aseo, más salón, cocina y terraza, todo ello en 72 metros construidos. Bueno, sin contar el Renault Ondine, o el celeberrimo y utilísimo seiscientos, nunca bien ponderado. El caso es que cabíamos todos, aunque también es verdad que éramos más bajitos y canijos que ahora. Y además, teníamos más control emocional que ahora, ea.